

XIX Jornadas interdisciplinarias – X Jornadas de Psicología

Cuerpo - Soledad – Cuidado

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CORDOBA

Octubre 2021

Autores del trabajo: Graglia, Ma. Soledad. DNI: 24.396.521. Universidad Blas Pascal. Universidad Siglo21. / Petit Ma. Cecilia. DNI: 20.428.520. Universidad Católica de Córdoba.

Título del trabajo: LA ESTRATEGIA DEL CUIDADO: el cuidado de sí y de los otros, una ética del cuidado.

¿Cómo pensar la necesidad imperiosa de cuidarnos en este momento tan difícil que vivimos?

Los seres humanos somos hijos del cuidado, sin ellos nuestra vida no sería posible. La trama de la vida es un lugar del que somos y formamos parte, convivimos con otros seres humanos y con la naturaleza. Como dice Denise Najmanovich (2020) la Modernidad marcó un modo de concebir los cuidados, se organizó bajo un estado cuidador, importante, por cierto. Pero tal vez, esto fue en desmedro de la posibilidad de habitar, pensar y sentir el cuidado como responsabilidad frente a la vida, y valorizar los cuidados cotidianos que damos y recibimos, sin los cuales se haría muy difícil sostener la vida.

Es probable que nos hayamos formado bajo la idea occidental que privilegió la idea de *“luchar por la vida”* y desestimó *“la ayuda mutua”* clave para la supervivencia, lo que no implica anular los conflictos, sino sostener la tensión que forma parte de la vida desde una perspectiva que incluya la comunidad y la solidaridad como responsabilidad social compartida.

Necesitamos dar cuenta que tenemos en común como humanidad y componer un trayecto que no nos disocie a los unos de los otros ni de la naturaleza. En este punto el cuidado no es propiedad de nadie, ni de ningún plan sagrado. Comprender la vida, desde una perspectiva de inmanencia es una invitación a no limitar nuestra responsabilidad en el “cuidar” a nosotros mismos y a los demás, sino a pensar que todos y todas estamos implicados en el cuidado de la vida.

El cuidar pertenece a la generación, reproducción, mantenimiento y conservación de la vida y por lo tanto de los encuentros y de los vínculos. Está ligado al interés por uno mismo y por el otro, supone compromiso personal y ético. Involucrarse e implicarse.

Desde esta posición el cuidar se inscribe en el marco de la dimensión del semejante. Y el concepto de semejante trabajado por Silvia Bleichmar nos resulta potente para pensar el “cuidado”. En el camino de la vida estamos destinados a humanizarnos en una cultura, presente desde el origen de nuestra vida o sea desde la constitución como seres humanos. Esto torna un punto distintivo e insoslayable en nuestra construcción como sujetos: **la presencia del semejante como inherente e imprescindible para devenir sujetos psíquicos.**

En la experiencia misma de alimentar y ser alimentados se cuelan el amor, el odio, las referencias morales, las valoraciones ideológicas, etc., el otro se inscribe en nosotros inevitablemente. La instalación de lo ético tiene lugar a partir del narcisismo trasvasante (Bleichmar 1987) del adulto que actúa con capacidad ligadora, en tanto insta la posibilidad de reconocer al otro como semejante y al mismo tiempo como alguien distinto. Este narcisismo trasvasante, función primordial de los adultos a cargo, es el que permite equilibrar los cuidados precoces y simbolizar al otro cómo ser humano; reconocimiento ontológico que, al mismo tiempo, genera una diferenciación de las necesidades y un reconocimiento/registro/inscripción de estas diferencias.

El amor del otro crea el entramado de base sobre la cual el yo habrá de instalarse como representación de sí y como condición necesaria para el funcionamiento de los sistemas diferenciados y para el contra investimento del autoerotismo, sin el cual el sujeto quedaría librado a la desligazón de la pulsión de muerte. Los primeros rehusamientos pulsionales dan cuenta de los orígenes de la ética, en tanto el sujeto ético se constituye en los orígenes cuando lo autoerótico cede en función del amor del otro.

Recuperar y situar los orígenes de la ética, no es solo a los fines de poder dar cuenta de la construcción de la tópica psíquica, sino se fundamenta en la necesidad de pensar la recomposición de la trama social fracturada por los acontecimientos de nuestra historia reciente que estamos atravesando.

Época esta, signada por un malestar sobrante en la que los sujetos nos hemos vistos excedidos de sufrimientos, de cambios impensados, de asumir una realidad inesperada, en la que no solo remite a las renunciaciones pulsionales que posibilitan nuestra convivencia con otros seres humanos, sino que se va a la resignación de aspectos sustanciales del ser mismo como efectos de circunstancias sobre agregadas. Todo lo vivido y lo que estamos viviendo aún nos ha dejado a muchos desprovistos de proyectos trascendentes, y por momentos difícil de avizorar modos de disminución del malestar.

Las modalidades de violencia, - la violencia no hay duda que es hija de la frustración de la dificultad para simbolizar, de reflexionar-, sumada a muchas arbitrariedades, imposibilidades e impotencias atravesadas a lo largo de esta situación, han favorecido una acumulación de resentimientos donde muchas veces la ética se reduce a la pragmática.

Se torna imperativo la conformación de enlaces amorosos que tengan efectos de ligazón y contención que habiliten la posibilidad de reconstituir esa trama social y morigeren así los efectos de esta realidad particular que nos toca transitar.

¿Cómo llevar esto a cabo? Lo pensamos desde la lógica del semejante. ¿De qué se trata eso? De un modo o modelo que delinea nuestras acciones. La lógica del semejante, el campo del semejante es aquel que habitamos todos y todas las personas. El semejante es toda la humanidad, decía Silvia Bleichmar. Cuando el campo del semejante es acotado y excluyente su operatoria marca diferencias para los que están dentro de ese campo y a los que deja por fuera. Nos sobran las experiencias dolorosas atravesadas por la humanidad.

Tal vez lo novedoso e interesante de esta situación de pandemia, es que en algún sentido nos igualó. Los que nos estaba, - y está- pasando - es que la humanidad en su conjunto se vio afectada. Impensado en estos tiempos que un virus paralizara el mundo, nadie estaba afuera de lo que pasaba, de la posibilidad de contraer el virus, sin saber a ciencia cierta su terapéutica, sus consecuencias. No distinguió raza, poder económico, todos estábamos en riesgo. Un bichito insignificante, puso el mundo patas para arriba; y para poner una cuota de humor, fue contra el pesimismo de los que creen que el mundo no se puede cambiar.

Algo del orden de lo irrepresentable estaba entre nosotros. Como refiere Duschatzky “el problema aparece cuando el pensamiento se ve sacudido por una fuerza que no alcanza a comprender, pero tampoco puede desoír (...) cuando lo pensado no alcanza (...) cuando percibimos inconsistencias” (2013:6) y lo inconsistente es aquello que no se deja atrapar por las representaciones.

El coronavirus no hizo distinción de clase social, raza, de situación económica, de país. Por supuesto, que también salieron a la luz las diferencias. Desigualdades en el tipo de atención médica, en la posibilidad de hacer el aislamiento obligatorio, no es lo mismo hacerlo en sitios con espacio verde, que en territorios/espacios reducidos no sólo de lugar sino también de accesos a los servicios de salud. Así un sinfín de enumeraciones que se pusieron en la superficie.

La amenaza, la incertidumbre atraviesa a todos y a todas. Como nunca se evidenció la interdependencia e interconexión de unos con otros; la conducta de uno, lo que uno hacía -ya se de cuidado o de descuido- tenía un efecto en los otros. Lo que puso también en el centro de la discusión, la idea de libertad. Concepto que no es una abstracción, la libertad también es en referencia a otros. No soy yo solo que hago lo que quiero porque es mi libertad. Todo un debate, que requiere de otra discusión y reflexión.

El cuidado-descuido se puso en el centro de la escena porque nos atravesó a todos. Nadie quedó por fuera de ello.

En este tiempo nos hemos llenado de protocolos - que por supuesto son necesarios – ordenan, pero el cuidado no comienza ni termina en un protocolo.

El cuidado, como expresáramos con anterioridad es lo que nos posibilita advenir como seres humanos, la posibilidad de ser es en una trama, el ser con otros y con la naturaleza. En la vida humana el cuidado es ubicuo y permea todo. Tomando la metáfora de un tejido, es como los hilos de este, se puede cambiar de punto, de diseño, pero si no hay hilo no hay tejido.

El cuidado lo pensamos como un modo de estar, de convivir, de relacionarse con los otros, con nosotros mismos, y con la naturaleza. Es una palabra con inmensa riqueza semántica. De acuerdo a la RAE muchos significados: poner

diligencia, atención; asistir, discurrir, pensar, mirar por la propia salud, vivir con advertencia respecto de algo.

Cuidar es actividad, es pensamiento, es disponibilidad al otro. Cuidar no es controlar, no tiene que ver con el esquema o la lógica de la seguridad donde el otro es siempre un enemigo potencial, del cual me tengo que defender.

En estos tiempos que nos tocan vivir, donde la pandemia ha sido como un gran vendaval que arrasó con la salud y la vida, el trabajo, el tiempo... todos habremos perdido algo, y esa es la única certeza que tenemos. Pero si las pérdidas son sobrellevadas entre todos, son transformables, otra vez estamos hablando del campo del semejante. Entonces si dentro de ese territorio podemos articular cuidarnos entre todos y entre todas, pues estaremos dentro de un contexto compartido que opera con capacidad de generación del cuidado. El malestar, el sufrimiento y la necesidad social actual nos está demandando -a gritos- una responsabilidad propia (no individual) y compartida. A la vez comprometida con la composición del campo del semejante donde estamos inmersos e incluidos. De este modo, y posiblemente sólo de este modo, tendremos la posibilidad esperanzadora y operativa de construir la estrategia del cuidado como soporte de la realidad y de nosotros mismos.

Por lo dicho, la acepción de la palabra cuidado, que se torna más relevante, es la que se refiere a nuestra participación activa en la vida, con capacidad de nutrir y nutrirnos, prestándonos atención y ayudándonos mutuamente. Se trata de volver a ver lo que tenemos en común (que no es estatal ni privado) y de esta manera componer otra cartografía que no nos divida, que no nos disocie los unos de los otros, recuperando la potencia de cuidarnos.

Así estaremos en condiciones de comprender que las acciones de cuidado: lavarse las manos, uso del barbijo, distanciamiento, aislamiento, etc., no son sólo prácticas activas de una serie de operaciones mecánicas que se realizan por imposición, por mandato o por slogan (en el peor de los casos); sino que se trata de una continuidad de acciones concretas enmarcadas en un sistema estratégico de cuidado y responsabilidad social que nos dará a cambio una posibilidad de futuro -ni más, ni menos-.

Bibliografía

- Bleichmar, S. (1987). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Topia. Buenos Aires.
- Bleichmar, S. (2011). *La construcción del Sujeto ético*. Paidós. Buenos Aires.
- Duschatzky, S. y Aguirre, E. (2013). *Des-armando escuelas* (Voces de la Educación), Paidós, Buenos Aires.
- Duschatzky, S.; Farrán, G. y Aguirre, E. (2010). *Escuelas en escena*. Una experiencia de pensamiento colectivo, Paidós, Buenos Aires.
- Graglia, S. & Petit, C. (2021). *El impacto de la pandemia en las relaciones humanas / Cómo darles sentido al dolor y la angustia por la pandemia*. En www.scpsicoanalistas.com.ar
- Najmanovich, D. (2020). Ciudadanía: hacia una ecología de los saberes y cuidados. En www.denisenajmanovich.com.ar (consultado el 23/03/2021).